



LINGUA UNA SUMUS. SOBRE AJEDREZ Y LINGÜÍSTICA¹

Pedro Redondo Reyes
Universidad de Murcia

RESUMEN: Es un tópico en la lingüística y en la filosofía analítica establecer la posibilidad de la comparación entre las lenguas naturales y el ajedrez, en la idea de que esta comparación arroja conocimiento sobre las primeras. En este trabajo se abordan algunas ideas ya expuestas en la bibliografía especializada y se exploran nuevas vías de investigación que pueden limitar o expandir dicha comparación: combinación, metalenguaje, función poética, categorías y lenguaje privado.

ABSTRACT: It is a topic in linguistics and analytic philosophy the comparison between natural languages and chess, in order to yield knowledge about human language. This paper points to some of the ideas already put forward and explores new issues of research that may limit or expand such a comparison: combination, metalanguage, poetic function, categories and private language.

PALABRAS CLAVE: lingüística, ajedrez

KEYWORDS: linguistics, chess

¹ Este artículo fue publicado anteriormente en Jaureguizar (2023). Ahora se vuelve a presentar, con ligeros cambios y añadidos, con el permiso de sus anteriores editores, a quienes expresamos nuestra gratitud.



En el párrafo 108 de sus *Investigaciones filosóficas* (1954), el filósofo vienés Ludwig Wittgenstein escribió: «La pregunta “¿Qué es realmente una palabra?” es análoga a “¿Qué es una pieza de ajedrez?”»². Wittgenstein incorporaba así a la reflexión filosófica la analogía del ajedrez, de manera semejante a lo que a primeros de siglo ya había hecho Ferdinand de Saussure en su *Curso de lingüística general*, editado en 1916. El fundamento último de la comparación entre lenguaje y ajedrez para Saussure es el hecho de que, a su juicio, «una partida de ajedrez es como una realización artificial de lo que la lengua nos presenta bajo una forma natural»³. La comparación con el ajedrez permitió a Saussure ejemplificar el funcionamiento de la lengua; pero otra posibilidad es, para nosotros, preguntar a dicha comparación –pues se trata de una comparación y no de una metáfora– si los sistemas que maneja, lenguaje y ajedrez, son conmensurables.

Así, por ejemplo, el lingüista ginebrino sostuvo que el ajedrez permite iluminar el estudio *interno* de la lengua. Para dicha comparación pensaba que no importa cuál sea la forma de la pieza en cuestión o de qué estén fabricadas: un alfil se reconoce por oposición al resto de piezas, pero no por ser de marfil o madera o tener una especie de mitra. Aquí se puede observar la idea de relación o estructura entre los signos lingüísticos que Saussure tenía; por otra parte, ¿legitimaría esta idea traer a colación la distinción habitual entre fonética y fonología, es decir, entre la pura materialidad fónica y su valor distintivo? La moneda española que

² Wittgenstein (1988: 123). Sobre otras menciones de Wittgenstein del ajedrez, véase Gustafsson (2020).

³ Saussure (1995: 128). Sobre este *dictum* saussuriano, véase Fernández (2022a: 177 n. 1). Las relaciones *ajedrecísticas* entre Wittgenstein y Saussure son exploradas por Mazzeo (2018).



en el pequeño *set* de viaje utilizado para sus análisis por Samuel Reshevsky como un alfil sería un alomorfo trivial para la idea de alfil, definido no por su forma mitrada, sino por los movimientos que hace y la posición inicial que ocupa. Tal consideración de las piezas la encontramos asimismo en el pensamiento de Wittgenstein (tal como la transmite Friedrich Waismann en los *Philosophical Remarks* del filósofo vienés)⁴, cuando sostiene que no se reconoce una pieza sino por las reglas que *definen* esa pieza: «un peón es la suma de reglas de sus movimientos (un escaque también es una pieza), igual que en el lenguaje las reglas definen la lógica de una palabra». De este modo una pieza también puede considerarse una función –una idea que también analizó Francisco J. Fernández⁵– y, si la función se cumple en la *jugada*, ésta sería el elemento mínimo del juego del ajedrez, una idea del propio Fernández. Si el elemento mínimo en el análisis lingüístico es el fonema (dado que distingue significados), podría recorrerse toda la gramática en cualesquiera de sus dimensiones: la sintaxis (una defensa como la India de Dama entraña una secuencia ordenada ...Cf6, ...e6, ...b6 y una *transposición* en ajedrez sería comparable con una regla de transformación lingüística), la pragmática (el GM Juan Manuel Bellón cuenta cómo, en unas simultáneas con negras frente a Boris Spassky, jugó 2...c5 ante el Gambito de Rey, un movimiento completamente inusual en esta apertura)⁶, la semántica o la

⁴ Wittgenstein (1975: 327-328), citado por Gustafsson (2020: 203).

⁵ Fernández (2010: 82 ss.).

⁶ «Estaba esperando que Spassky llegara a mi tablero y verle la cara de sorpresa al ver mi novedad. (...) Y no me defraudó, porque aún recuerdo la mueca sonriendo y las rayas en la frente presumiendo que yo iba a ser una presa fácil» (Bellón [2022: 80]).



referencialidad (el ajedrez no sería tanto un *campo* de funciones cuanto un choque de inteligencias), etc.

Con todo, la legitimidad de la comparación entre lenguaje y ajedrez rebasa los límites de la intención de Saussure al tomar el ajedrez como *tertium comparationis*: en el caso de este lingüista, el ajedrez funciona como metáfora de determinados aspectos que él señaló como puntos de partida en su descripción del lenguaje (por ejemplo, la distinción diacronía / sincronía; *langue / parole*, y otros); o, mejor, como una suerte de sistema formalizado que reproduce, aquí y allá, algunos elementos reconocibles en cualquier lengua natural (por ejemplo, toda jugada conlleva una modificación de la posición, lo que es comparable con el cambio lingüístico que opera sobre un estado de lengua, etc.)⁷. Decimos que la rebasa porque el propio Saussure advertía de que el ajedrez es *artificial* mientras que el lenguaje es natural; dicho de otra forma (y por mucho que los grandes jugadores parezcan dominar el juego *como si de su propia lengua se tratara*), el lenguaje es connatural al ser humano –aunque haya que adquirirlo– mientras que al ajedrez se aprende, con excepción quizá de Capablanca, quien fue capaz de adquirirlo viendo jugar a su padre⁸. El ajedrez compite, así, con otros sistemas como la música, la lógica o las matemáticas, donde una serie de reglas contenidas en un código con enormes posibilidades expresivas o

⁷ Saussure (1995: 129).

⁸ Puede ser interesante recordar un pasaje de Réti (1997: 161): «Rubinstein aprendió el ajedrez cuando tenía dieciocho años y nunca dominó totalmente las dificultades del medio juego (...). Es como un orador que hablara una lengua extraña, aprendida de mayor, de tal manera que, a pesar de sus profundas ideas, no siempre encuentra la palabra más adecuada». Si hay algún fundamento *natural* para la comparación entre ajedrez y lenguaje debe de ser éste.



heurísticas presentan su propia sintaxis, semántica y pragmática. Es cierto que hay una conexión secreta entre ajedrez, matemáticas y música, y se ha producido mucha literatura al respecto avalada por niños prodigio duchos en tales disciplinas. Sin embargo, mientras un músico puede interpretar una partitura sin tener claro el significado de lo que toca (si es que la música tiene un significado, o remite a algo)⁹ y el matemático llega a resolver un problema que puede ser el derivado de determinados axiomas (y no de otros), el lenguaje no es reductible a un código. Como señala De Bustos,

La representación semántica de una oración – escribe Eduardo de Bustos– no contiene toda la información que es transmitida por medios lingüísticos en la comunicación. A veces ni siquiera es esa información la que se transmite, a pesar de ser irreproachable la comunicación (De Bustos 2004: 652).

Aunque un *acto ajedrecístico* (en el sentido de los *speech acts*) como la jugada de Bellón 2...c5 remite a la psicología del oponente, sus consecuencias se reducen al tablero de juego o, en otras palabras, desde un punto de vista holístico está dirigida a la consecución última del logro, ganar la partida; en cambio, en una lengua natural (como sostiene de Bustos),

⁹ Los versados en las diferentes *versiones* o interpretaciones de una partitura pocas veces van más allá de consideraciones rítmicas, de agógica o dinámica, pues hacer hermenéutica de la música entraña adentrarse en el terreno de la metáfora, precisamente del tipo de metáfora más lábil (la que prescinde de anclajes como la analogía intersubjetiva y deviene, por tanto, en simbolismo).



...mientras que una expresión oracional tipo y un ejemplar de la misma comparten las propiedades estructurales que busca describir y explicar la gramática (su configuración interna, su forma lógica, su clase distributiva, etc.), no tiene por qué compartir necesariamente su significado (De Bustos 2004: 652).

Si el lenguaje remitiera, en última instancia, al mundo, el ajedrez sería un objeto del mundo.

En las líneas que siguen nos acogeremos a algunos de los argumentos (en forma de posibilidades) que podrían manejarse para fundamentar la analogía entre lenguaje y ajedrez o, en todo caso, para reforzarla o rechazarla. Pues, después de todo, cuando se va más allá de las analogías entre diacronía / sincronía y la dialéctica entre el desarrollo de una partida en la sucesión de sus movimientos y el estudio de una posición dada, la analogía se vuelve más problemática, dado que se trata de sistemas distintos¹⁰. Para ilustrar esta dificultad podemos recordar, por ejemplo, un texto de 1929 del campeón mundial Alexander Alekhine:

La consecuencia de ignorar los aspectos creativos del ajedrez es fácilmente previsible. Su traducción en la práctica es el surgimiento de la escuela de reformistas, encabezados por José Raúl Capablanca, quien temía que la teoría, altamente

¹⁰ En uno de sus apuntes personales Saussure escribió: «Recuento de las causas que hacen del lenguaje un objeto situado fuera de toda comparación y no clasificado ni en la mente de los lingüistas ni en la de los filósofos» (Saussure 2004: 230).



desarrollada, llevase a la parálisis del ajedrez, y por consiguiente pretenden hacerlo renacer divulgando una revisión de las reglas de juego (citado por Gude 2021: 117)¹¹.

El temor de Capablanca (la parálisis a la que aludía Alekhine) era que la perfección en el juego llevara a tablas muertas; en el lenguaje, si el fin último del mismo es la comunicación, y ésta es el equivalente del mate, la equivalencia correcta entrañaría el agotamiento de todas las oraciones posibles, de todas sus preferencias y ejemplares, un momento en que *todo* fuera dicho (o, si se quiere, donde todas las posibilidades sintácticas tanto aceptables como inaceptables se hubieran producido). Pero aun así el fin del lenguaje no es agotar las posibilidades; el ajedrez, en cambio, haya memoria o registro de ello, elimina en cada partida una de las 10^{120} posiciones posibles. Otro ejemplo de ausencia de puntos de contacto se puede ejemplificar con una de las típicas máximas de Xavielly Tartakower: «Estrategia es hacer algo cuando no hay nada especial que hacer. Táctica es hacer algo cuando hay realmente algo por hacer»¹². Se puede estar de acuerdo o no con Tartakower, pero es cierto que el ajedrez se mueve en estos dos ámbitos de límites difusos (una misma jugada puede, en efecto, ser considerada táctica o estratégica, o de ambas formas; quizá se trate, en el fondo, de una interpretación *post eventum* que parte, circularmente, de esta distinción preestablecida). No hay instancia analítica alguna en la lingüística que dé cuenta de un fenómeno semejante (al menos fuera de la pragmática).

¹¹ El texto de Alekhine está en *The New York Times*, Sports, 20 de agosto de 1929.

¹² Citado por Mayer (1989: 42).



1. *La posibilidad de las categorías*

Lo más indicado, probablemente, será abundar en la idea de Wittgenstein («La pregunta “¿Qué es realmente una palabra?” es análoga a “¿Qué es una pieza de ajedrez?”») como primer paso de un programa de investigación sobre la analogía entre el discurso lingüístico y el juego del ajedrez¹³. Wittgenstein centraba su reflexión en la idea del carácter *constitutivo* –más que regulativo– de las reglas de juego, tanto en gramática como en ajedrez (un peón, pues, es un peón en virtud de obedecer a unas reglas que establecen sus movimientos)¹⁴. De acuerdo con el filósofo,

...cuando se le muestra a alguien la pieza del rey en ajedrez y se dice «Éste es el rey», no se le explica con ello el uso de esta pieza –a no ser que él ya conozca las reglas del juego salvo en este último extremo: la forma de una pieza del rey. Se puede imaginar que ha aprendido las reglas del juego sin que se le mostrase realmente una pieza. La forma de la pieza del juego corresponde aquí al sonido o a la configuración de la palabra (Wittgenstein 1988: 47 = §31).

En palabras de M. Gustafsson, «no podemos explicar completamente qué va a ser un alfil sin hacer referencia a su regla»,

¹³ Decimos aquí «discurso lingüístico» y no «lenguaje» refiriéndonos al conjunto de dispositivos que intentan atrapar y estudiar el lenguaje *qua* objeto, o si se quiere el metalenguaje apropiado para dicho objeto; en los estudios sobre las similitudes entre ajedrez y lenguaje es fácil deslizarse entre lenguaje y metalenguaje inadvertidamente.

¹⁴ Gustafsson (2020); Mazzeo (2018: 66 ss.).



con la circularidad que esto conlleva: en efecto, si una pieza mueve de f4 a e4, no puede ser considerado un movimiento ilegal si no hemos establecido que dicha pieza no es un alfil¹⁵. Para Gustafsson la circularidad de la regla impide la identificación entre pieza y regla. Sin embargo, podemos ir un poco más allá y añadir al argumento de este autor que, si ahora se ha vuelto «misteriosa» («*mysterious*») la posibilidad de que un objeto particular esté sometido a una regla, el propio Wittgenstein estableció que «las reglas gramaticales son arbitrarias, pero su aplicación *no*»¹⁶. Una regla gramatical del castellano es arbitraria (por ejemplo, el uso del artículo delante del sustantivo, a diferencia de la regla del rumano), pero se está obligado a dicha regla. Ahora bien, hay dos diferencias respecto al lenguaje donde el uso ajedrecístico colapsa: en primer lugar, la circularidad señalada por Gustafsson implica, por un lado, la falsación de una jugada en ajedrez (si se *suspende* dicha circularidad y llegamos a saber lo que es un alfil, entonces una jugada de alfil de f4 a e4 es ilegal, y se acabó la partida), mientras que en el caso del lenguaje no hay falsación alguna cuando quebrantamos las reglas: en otras palabras, y teniendo en cuenta el inevitable carácter normativo de la gramática, no se puede hablar de «oraciones posibles o no posibles» como se hace de «objetos naturales posibles o imposibles»; un enunciado incorrecto

¹⁵ Gustafsson (2020: 206): «Now if bishops are identified in terms of their legal moves, it may seem difficult to understand how the rule could determine that this particular move is illegal [esto es, f4-e4]. For that seems to require an *independent* identification of the piece as a bishop. Without such independent identification, it seems we could as well conclude that the piece is a rook that is being moved legally. The worry is that the circularity of the rule makes such independent identification impossible» (cursivas en el original).

¹⁶ Citado por Mazzeo (2018: 66) (cursivas en el original).



gramaticalmente no *falsa*, en su existencia, la norma que rige los enunciados correctos¹⁷. En segundo lugar, es trivial recordar que en una lengua natural no nos es dado *elegir* nada (si «la forma de la pieza del juego corresponde aquí al sonido o a la configuración de la palabra», entonces no podemos utilizar cualquier objeto como un alfil sometiéndolo a reglas; en otras palabras, no existen los lenguajes privados).

La idea de palabra conlleva inevitablemente la pregunta por el *significado*. Saussure avanzó en la distinción entre significado y valor¹⁸, mientras que Wittgenstein tuvo mucho cuidado en no vincular concepto (para Saussure la contrapartida mental de la «imagen acústica») y ostensión: «Sería –escribe en las *Investigaciones filosóficas*– como si yo, sin conocimiento del ajedrez, mediante estricta observación del último movimiento de una partida de ajedrez, quisiera descubrir lo que significa la expresión “dar mate”»¹⁹. Sin embargo, en la tradición lingüística occidental dista de estar claro qué es una palabra: el lingüista André Martinet prefería ocuparse del sintagma, mientras que, por su parte, Louis Hjelmslev veía la palabra –que definía como como «signo permutable mínimo»– como una unidad susceptible de aportar otros componentes significativos en su interior²⁰. En el tratamiento

¹⁷ Véase Itkonen (2008: 223): «En la lingüística es posible operar con la corrección sin tener en cuenta la racionalidad, pero no viceversa». La cuestión es que, según este lingüista (ibid.), «la justificación de esta distinción [*scil.*, entre corrección o «gramaticalidad» y racionalidad] resulta evidente por el simple hecho de que es posible llevar a cabo actos de habla racionales emitiendo oraciones incorrectas, y, a la inversa, llevar a cabo actos de habla irracionales emitiendo oraciones correctas».

¹⁸ Saussure (1995: 162 ss.).

¹⁹ Wittgenstein (1988: 255 = §316).

²⁰ Martinet (1978: 146); Hjelmslev (1971: 181).



funcional que hace Wittgenstein de la pieza de ajedrez quizá se encuentren más analogías con la idea de palabra concebida axiomáticamente, al modo del lingüista Domené Verdú:

Todo grupo silábico y morfológico perteneciente al dominio de la correspondencia cuyo conjunto final está formado por todos los elementos semánticos de una lengua, o bien al rango de su correspondencia inversa, y que pueden existir de forma independiente y aislada manteniendo esa misma imagen (Domené Verdú 2009: 147).

Aunque Domené se basa en la teoría de conjuntos, se observa que depende de la consideración semántica de la categoría gramatical, una consideración que procede de Aristóteles (*Poética*, 1457a)²¹. Existen otros acercamientos como el puramente formal o el de rasgos abstractos de Noam Chomsky, pero si nos estamos preguntando por la posibilidad de entender una pieza de ajedrez como una palabra (sea lo que sea esto), entonces habría que recordar que la tradición gramatical divide las palabras en categorías, consecuencia del establecimiento de las mismas por el propio Aristóteles a cuento de los modos del *ser*²². En ese caso habría, en ajedrez, seis categorías (rey, dama, torre, alfil, caballo y peón), aunque en realidad la única que importa es el rey (todas deben su existencia o su operatividad al hecho de que el rey subsista), algo así como la sustancia primera aristotélica. Ahora

²¹ Fábregas (2005: 38 ss.). La reciente obra de la lingüista Anna Wierzbicka intenta renovar la categorización gramatical de tipo semántico mediante un leibniziano *alphabetum cogitationum humanorum*.

²² Sobre la cuestión, véase Fernández (2022b). Platón ya había adelantado la distinción entre *ónoma* y *rhéma*.



bien, si fueran modos del ser (como ocurre en las restantes categorías del Estagirita), entonces mueven todas no *motu proprio*, sino por delegación del rey, algo así como lo que ocurre en el poema de Jorge Luis Borges, a través de «la mano señalada del jugador».

Existen otros problemas: en primer lugar, las piezas mueven en el tiempo, y a tiempos alternos, y son de una calidad diferente: resulta que una jugada de alfil puede ser buena en una posición, mala en otra; si es mala puede llevar a la derrota, pero si una palabra es mala en un contexto comunicativo determinado puede, por ejemplo, provocar ambigüedades o contravenir las convenciones de H. P. Grice. Por otra parte, que las piezas muevan en el tiempo sirvió, como es sabido, para la analogía saussureana entre distintas sincronías: de acuerdo con Saussure,

...para pasar de un equilibrio a otro, o –según nuestra terminología– de una sincronía a otra, basta el desplazamiento de una pieza; no hay trastorno general. Aquí tenemos el paralelo del hecho diacrónico con todas sus particularidades (...). Cada jugada de ajedrez no pone en movimiento más que una sola pieza; de igual modo, en la lengua los cambios sólo se refieren a hechos aislados (Saussure 1995: 129).

Para Saussure la posición de las piezas en un determinado momento sobre el tablero es un hecho análogo a un *estado de lengua*, pero podría defenderse que esto tiene sentido sólo si una posición se evalúa sin atención a los aspectos de la diacronía que han llevado hasta ella. En otras palabras, una posición en su pura sincronía sólo tiene sentido si es una posición de problema o de estudio (una



composición), donde no importa de qué apertura procede o cuál es el plan que se está ejecutando. Pues, en efecto, es más fácil defender que, si bien el espectador contempla una posición y ésta es un estado entre una posición anterior y la siguiente, en el ajedrez magistral toda jugada forma parte de un *plan* o esquema teleológico (y es aquí, en la teleología, donde más distan el ajedrez y el lenguaje): por simple (empujar un peón a octava) o complejo, por ejemplo del tipo

...[la jugada] deja un peón h expuesto y heridas abiertas en f5 y h5 que constituyen casillas de bloqueo que provocan a los caballos blancos. Es imposible que las negras puedan forzar ...f7-f5, por lo que la ausencia del alfil de dama blanco no es tan importante. Lasker señaló otra posibilidad para las blancas que conduciría por la fuerza al cambio de damas y alfiles de casillas blancas, dando así a las blancas un excelente final (Keene 1999: 187)²³,

el *plan* da sentido a la jugada, pues de otra manera cualquier jugada observada desde fuera no tiene ninguno.

En segundo lugar, las categorías gramaticales –sea cual sea el criterio para distinguirlas– no operan igual en el plano oracional (el *campo* o *tablero* sobre el que se sitúan aquéllas): la vieja gramática distinguía entre palabras *categoremáticas* (por ejemplo, los sustantivos) y *sincategoremáticas* (por ejemplo, las preposiciones).

²³ Se trata de un comentario de R. Keene a la decimosexta jugada de la partida Nimzowitsch-Tartakower, Carlsbad 1929 (la traducción es nuestra). Comentarios así prueban que el *plan* es consustancial a la *evaluación* de la posición.



Adentrarnos en establecer analogías con estos mimbres es, se nos antoja, un empeño bizantino: por ejemplo, pensar que la diferencia categorial se revela en la diferencia cualitativa entre las piezas²⁴. Sin embargo, no lo es reparar en que la idea de que 1) conocer la figura del Rey mediante sus movimientos comparte similitudes con la idea de la competencia / *performance* en el uso del léxico, así como en la idea de que 2) a diferencia de las categorías gramaticales, un caballo se distingue completamente de un alfil por las reglas que los definen (en otras palabras, los criterios de demarcación están claros). Para la primera idea deberíamos decir que la *performance* lingüística se establece atendiendo a numerosos factores: la situación comunicativa, el conocimiento del código, la adaptación al interlocutor, etc²⁵. En ajedrez se percibe claramente que la competencia del ajedrecista es algo externo (hay buenos y malos jugadores, buenas y malas jugadas, conocimiento o desconocimiento de los patrones y posiciones-tipo) mientras que hay una competencia *interna*, inherente al juego, por el que se establece que para una posición como

²⁴ La torre es una *calidad*, aunque fue Tigran Petrosian quien comenzó a introducir en la práctica magistral el *sacrificio de calidad*, lo que lleva a considerar que el concepto de calidad es en realidad un *valor de cambio*.

²⁵ Es la versión de la *competence* / *performance* que, entre todas sus versiones, George A. Miller llamó «situational» (Miller [1975]), que es la forma de escapar de la perspectiva racionalista chomskiana que convierte a la gramática prácticamente en un sistema axiomático.



sólo hay una jugada buena, Axh7+ seguida de Cg5, etc. (es decir, el tratamiento de un patrón universal denominado «presente griego»). Es cierto que se trata de una *secuencia*, pero intentar jugar otra cosa no es, exactamente, lo que entendemos por buen ajedrez (esto nos lleva a la interesante pregunta de si todo es ajedrez en ajedrez –y entonces aparece el azar y desaparece el *destino* del poema borgiano–, al modo en que podríamos preguntarnos si es posible comunicarse de cualquier manera, casi rozando un lenguaje privado, e ignorar las vías transitadas por todos).

Para la segunda idea (es decir, la distinción neta entre las piezas), al hablar de categorías gramaticales el problema de los criterios suele venir en parte del hecho de que algunos conceptos pueden ser expresados por más de una categoría (y viceversa), y en las teorías categoriales basadas en rasgos en distribución, si se entiende un sustantivo como aquel elemento capaz de admitir determinación, entonces bajo esa definición entran ejemplos como «el que vengas»,



«lo cual», etc²⁶. En el caso del ajedrez, la definición de una pieza basada en sus reglas al modo wittgensteiniano puede acarrear algunos problemas de homonimia o sinonimia si pensamos que, al aceptar que cualquier objeto puede ser una dama o un alfil, un movimiento de la moneda española que hacía las veces de esta pieza en el tablero de Reshevsky desde b2 a g7 no nos dice si la pieza es una dama o un alfil, pues ambos comparten la posibilidad de ir desde b2 a g7²⁷.

En cualquier caso, a nivel categorial lo más interesante es constatar que en un tablero las piezas van desapareciendo paulatinamente, ya sea de manera equilibrada o no (e incluso pueden aparecer otras nuevas). El rey subsiste sin el resto de las piezas (en caso de reyes solitarios se declara tablas la partida), algo así como si en la lengua pudiéramos llegar a una situación en que sólo hablásemos con verbos, o con sustantivos; o, de otra manera, como si se impusiera inevitablemente el tabú sin poder recurrir a eufemismos o disfemismos²⁸, el final del cual sería la incomunicación.

²⁶ Tomo esto de Fábregas (2005: 40 y 52), incluidos los ejemplos.

²⁷ Por lo tanto, la ambigüedad sólo se resuelve conociendo toda la *diacronía* de la partida, lo que no es equivalente para resolverla en la comunicación. Existen otras homonimias dado que la dama contiene los movimientos de la torre y del peón y el rey puede mover como movería un peón. Otra cosa es entender qué le ocurre a un peón en octava, una verdadera metamorfosis que daría cuenta verdaderamente del fenómeno diacrónico en lingüística, tanto a nivel fonomorfológico como a nivel semántico.

²⁸ Chamizo Domínguez (2008). Existen otros problemas añadidos a la concomitancia propuesta entre piezas y categorías, como el de que cada jugador dispone de dos caballos (o dos alfiles, o dos torres): ¿habría que comparar esto con las discusiones que hubo en la dialéctica estoica acerca de la distinción entre nombre propio y nombre común (más recientemente



2. *La posibilidad de un metalenguaje*

Hay muchos modos de entender un metalenguaje (es decir, un lenguaje que hable sobre el lenguaje) para una lengua natural. De acuerdo con Óscar Loureda,

no se trata de una posibilidad universal del lenguaje porque se haya comprobado su existencia en todas las lenguas (= porque se haya deducido de las lenguas y se haya generalizado), sino porque se constituye racional y necesariamente como propiedad previa a todo modo histórico de hablar (Loureda 2009: 322).

Desde este punto de vista, una analogía consistente entre el juego del ajedrez y el funcionamiento de las lenguas naturales debe llevar a la pregunta de la posibilidad de un metalenguaje en el primero. El problema, ya señalado por algunos filósofos y lingüistas, es que el metalenguaje entraña una recursividad infinita, toda vez que es posible incorporar las unidades metalingüísticas del lenguaje primario o L_0 , pertenecientes a L_1 , a un nivel superior o L_2 ($L_0 + L_1$), etc. Pero obviando esta cuestión, puede defenderse con Loureda que las unidades de este L_1 no son de la misma naturaleza que las de L_0 , incluso en el caso de ser homónimas:

Las unidades usadas metalingüísticamente son unidades usadas en el discurso (todo hecho del lenguaje puede ser «usado»); formas meras y concretas: hechos físicos, sustancia; signos-símbolo

la caracterización de Russell del primero como descripciones), o simplemente habría dos tipos de sustancia?



El Búho Nº 29

Revista Electrónica de la [Asociación Andaluza de Filosofía](#).

D. L: CA-834/97. - ISSN 1138-3569.

Publicado en <https://elbuho.revistasaaafi.es/>

versus signos (= palabra significativa versus mera palabra); no son significativas (...); no designan; «están» en el hablar (= entes); y como tales formas no pertenecen a categoría verbal alguna, es decir, que en sentido estricto no son sustantivos, sino unidades con «sustantividad» (= formas con existencia real, independencia e individualidad).

¿Es posible un metalenguaje ajedrecístico? Sería oportuno aquí señalar que la terminología técnica ajedrecística, del tipo *Zugzwang*, *pequeña calidad*, *clavada*, *cadena*, *jugada misteriosa de torre*, etc., no mantiene, en primer lugar, un criterio único (pues *Zugzwang* denota a la ausencia de jugada no perdedora, mientras que *pequeña calidad* alude a la diferencia entre alfil y caballo, por poner un par de ejemplos); en segundo lugar, las hay internas y externas (*pequeña calidad* es un ejemplo de terminología interna, pero la *amaurosis scacchistica*, expresión acuñada por Siegbert Tarrasch, alude a la ceguera pasajera que explicaría errores importantes y, por tanto, estamos ante un tecnicismo que escapa a las determinaciones del tablero y las piezas). Pero lo decisivo es que si L_0 es el conjunto de las reglas que definen las piezas junto con las relaciones geométricas del tablero, entonces esta terminología no está contenida en L_1 ; L_1 acude, más bien, a instancias foráneas para dar cuenta metafóricamente de lo que está ocurriendo en el tablero o en sus márgenes.



3. *La posibilidad de la función poética*

«O la belleza se emparenta con el error, o no tiene nada que ver con él», escribió L. W. Cámara²⁹ acerca de la belleza ajedrecística. Éste es el dilema al que se enfrenta la idea de belleza en este juego, al tiempo que la paradoja: pareciera que, si no existe el error y su posibilidad de ser castigado (pero, desde un punto de vista lógico o discursivo, de ser *refutado*, como dice la jerga ajedrecística), no puede desencadenarse una secuencia cuyo impacto sea percibido como belleza. En otras palabras, y como dice el propio Cámara, «un equilibrio perfecto carece de emoción». Esto es lo mismo que decir que, en ajedrez, la perfección entraña carencia de belleza (pues ésta se origina *post errorem*). Es posible, pero no faltarán los ajedrecistas que vean belleza en una partida *perfecta* de Rubinstein o de Capablanca, donde no necesariamente hay errores de bulto del rival. Quizá a esto se refiere Cámara cuando escribe que

la belleza se logra en el juego deslumbrador de las combinaciones y, también, quizá de una manera más específicamente estética, cuando la victoria se alcanza imponiendo una profunda estrategia mediante sutiles maniobras (Cámara 1994: 34)³⁰.

²⁹ Cámara (1994: 66).

³⁰ Merece recordarse que S. Tarrasch montó en cólera en el torneo de San Petersburgo de 1914 cuando recibió el segundo premio de belleza por su victoria frente a Nimzowitsch, habiéndosele concedido el primero a Capablanca por su victoria sobre O. Bernstein (un episodio que narra Gude [2021: 60]). Al decir del maestro P. Romanovsky, «esta combinación [la de Tarrasch, que había tenido un precedente en una partida anterior Lasker-Bauer] es superior a la de Lasker. El mate final, económico, el sacrificio de una calidad, además del de la pareja de alfiles y la comprometida situación de su rey, embellecen el juego de las negras en esta partida». Pareciera



No es posible detenernos a considerar si las «sutiles maniobras» deben ser acompañadas de errores del adversario. La tesis que defenderemos aquí es que la belleza ajedrecística tiene dos rasgos: el primero, que es una belleza *interior* (concedásenos esta cursi expresión), es decir, que no depende de la apostura del jugador, de la belleza de las piezas o la sala, etc., sino que depende de las relaciones entre las reglas que determinan cada pieza y su evolución sobre el tablero. El segundo, que, más allá de vincularla al error, la belleza surge de la violación *psicológica* (por inesperada) de las rutinas en virtud de las cuales se habla de estrategia o de táctica. La jugada (o una secuencia de jugadas) es bella si, en el dominio estratégico, es un hallazgo frente a la rutina, y si, en el dominio táctico, la pieza ocupa un lugar inesperado o inconveniente³¹. Más importante aún es que en la «lucha creadora», al decir de Cámara, «se enfrentan dos voluntades». Si paradójica es una belleza que nace de contradecir lo que esperamos de las piezas y su ubicación, paradójica es una belleza en la que nuestro rival *está continuamente impidiendo* que creemos belleza (nadie quiere ser *inmortalizado*)³². Otro problema en el que no podemos entrar es el del *carácter necesario* de tal belleza, pues si la inteligencia artificial demostrara que sólo hay un camino correcto en ajedrez («la jugada del

que podemos extraer de esta valoración los elementos necesarios para construir la *función ajedrecística* para lograr una analogía entre la función poética de Jakobson y la idea de belleza en ajedrez.

³¹ Para esto último, recuérdese la jugada 23... Dg3!! de la partida de Levitsky-Marshall, Breslau 1912.

³² A pesar de que G. A. Thomas le dijo a Edward Lasker «this was very nice» a su impresionante combinación, intentó impedir el mate, que era lo que debía (Winter [1996: 202 y 269] narra el efecto que le causaron a Ed. Lasker estas palabras).



módulo»), la belleza sería inherente a esa corrección y no, como se piensa normalmente, un epifenómeno de la libertad humana.

La belleza lingüística tiene su dominio privilegiado en el ámbito de la literatura (no nos importará aquí qué concepto de belleza se maneje en ella, si uno de corte romántico, clásico, etc.). En este sentido, uno de los modelos explicativos más fructíferos e interesantes ha sido el de la llamada *función poética* del lingüista ruso Roman Jakobson. A diferencia de las demás funciones reconocidas en la lengua (referencial, emotiva, metalingüística, etc.), según Jakobson «la orientación hacia el mensaje como tal, el mensaje por el mensaje, es la función poética del lenguaje»³³. Si aplicáramos una suerte de «función ajedrecística» basada en la *desautomatización* de las jugadas, la desautomatización estaría relacionada con la paradoja antes referida: el hecho de que la pieza ocupe una posición inesperada (pero letal), como, por ejemplo, tras 24 ...Rh8 en la partida Réti-Bogoljubov (Nueva York 1924):

³³ Jakobson (1984: 358). Como advierte Jakobson, la función poética no se limita a los textos poéticos.



Réti jugó 25.Ae8!!, y se acabó. Se trata de una belleza *necesaria* (por correcta), pero al mismo tiempo inesperada y que cumple con la finalidad de toda jugada, llegar al mate; sin embargo, su fuerza estética deriva de la propia fuerza efectiva, visual y también lógica de la jugada, que Alekhine tildó de «electrizante».

4. *La posibilidad de un lenguaje privado*

En la filosofía analítica es un lugar común, a partir de Wittgenstein, la afirmación de que no hay posibilidad de un lenguaje privado, es decir una lengua que no fuese de carácter intersubjetivo. Así, afirma este filósofo:



Podríamos llamar «lenguaje privado» a los sonidos que ningún otro entiende pero yo «parezco entender» (Wittgenstein 1988: 233 = §269, cursivas en el original)³⁴.

Si nos preguntásemos si esta característica se puede dar en ajedrez, deberíamos volver la vista a aquellos maestros que propusieron un nuevo paradigma ajedrecístico, como los hipermodernos y, entre ellos, principalmente, Aaron Nimzowitsch. Cuando este maestro escribía «¿En qué veo yo la idea del auténtico juego posicional? La respuesta es breve y directa: en la idea de profilaxis»³⁵, nos enfrentamos a la cuestión de si existen reglas privadas en ajedrez (más allá de aquellas que permiten mover las piezas), unas reglas que fueran homologables al tipo de «domina el centro» o «abre la columna a tu torre», con la vista puesta en la célebre paradoja wittgensteiniana sobre el uso de las reglas. Un programa de investigación sobre la analogía entre la naturaleza del lenguaje y la del ajedrez debería problematizar el uso de las reglas compartidas, e inquirir, al modo del filósofo Saul Kripke, si estamos hablando de lo mismo cuando decimos «domina el centro»³⁶. Con todo, si existe posibilidad de influencia de un maestro como Nimzowitsch en otros

³⁴ Los argumentos contra el lenguaje privado se encuentran a partir de §256.

³⁵ Citado por Keene (1999: 41).

³⁶ Véase Wittgenstein (1988: 203 = §201): «Nuestra paradoja era esta: una regla no podía determinar ningún curso de acción porque todo curso de acción puede hacerse concordar con la regla. La respuesta era: si todo puede hacerse concordar con la regla, entonces también puede hacerse discordar. De donde no habría ni concordancia ni desacuerdo»; Kripke (2006).



jugadores, la propia idea de un sistema personal deja de ser *privado*: es conocida la que ejerció en Tigran Petrosian, por ejemplo. Pero no es lo mismo un lenguaje privado que el descubrimiento de leyes o de maniobras-tipo como la del *bloqueo*, típicamente de Nimzowitsch, que al parecer serían prueba de que el ajedrez es interminable (*contra*, Capablanca) en sus posibilidades estructurales.

5. *La posibilidad de la combinación*

La lingüística (sobre todo la generativo-transformacional) considera que, a partir de un número limitado de reglas, los enunciados lingüísticos son infinitos. Correlativamente, Claude Shannon calculó que 10^{120} es el número de posiciones en ajedrez³⁷, lo que convierte a éste, a escala humana, en infinito (si bien ha de tenerse en cuenta la regla de los cincuenta movimientos, que limita en la práctica el juego). Ya en la antigua Grecia, Apolonio Díscolo, un gramático del siglo II d. C., tuvo una intuición de las posibilidades de la lengua cuando supuso en su *Sintaxis* (I 15) que hay una especie de «oración perfecta» de la que todas las preferencias son una imitación en su diversidad, y por la misma época el filósofo Sexto Empírico declaró que la conversación común implica un infinito y «del infinito no hay conocimiento» (*Contra los profesores*, I 80). En las lenguas naturales, la combinación de elementos (en el plano léxico) conforma la sintaxis, una combinación sometida a reglas que son «naturales» por adquiridas acríticamente; dicha combinación (tras la preceptiva «selección», como dirían los lingüistas) ordena nuestra percepción de la realidad y posibilita que operemos sobre ella. Volviendo al ajedrez, podría defenderse que una combinación

³⁷ Shannon (1950); existen, sin embargo, otros cálculos.



es una secuencia forzada (es decir, con un orden fijado de antemano) efectuada con determinadas piezas que persigue una determinada ventaja o bien el mate. Muchos maestros (como, por ejemplo, de nuevo Nimzowitsch) han mantenido que la combinación debería ser el remate de una partida de ajedrez, entendiendo por combinación una secuencia forzada –aun en sus variantes– desencadenada por una posición específica del tablero. Pero, mientras en una lengua siempre hay sintaxis –a menos que estemos ante un diccionario–, en ajedrez sería difícil determinar cuándo comienza verdaderamente la combinación (pues ningún movimiento sobre el tablero escapa a lo que Saussure llamaba *valor*, esto es, está en función de lo anterior y lo posterior), e incluso podría defenderse que desde el primer movimiento hasta el último estamos ante una única combinación (pues ¿cómo es posible ganar sin eso que llamamos «combinación», como de hecho ocurre? ¿Hay una combinación ganadora en la partida conocida como *Inmortal del Zugzwang* entre Sämisch y Nimzowitsch, Copenhage 1923?)³⁸. No obstante, una combinación es algo reconocible, y por tanto podríamos argüir que contiene una cierta *semántica*, pero es un problema de la filosofía analítica y también de la lingüística qué relación necesaria se establece entre una sintaxis correcta (que podría ser arreferencial) y la ordenación del mundo o, si se quiere, del significado. De este modo, mientras la lengua es una disposición sintáctica que mantiene una relación problemática con la semántica, el *télos* o fin de la combinación ajedrecística –entendida como

³⁸ A este respecto es interesante una nota del propio Nimzowitsch a esa partida (citada por Keene 1999: 81; traducción nuestra): «Hoy día se sacrifica por profilaxis, o para introducir un bloqueo, o para disminuir el potencial dinámico de las fuerzas enemigas y no en aras de un brutal acto de violencia. ¡La brutalidad está pasada de moda!» Para Nimzowitsch, pues, los tiempos y maneras de Anderssen ya no tenían ningún sentido.



sintaxis forzada- es el mate, como el de la lengua lo es la comunicación. La idea de combinación en ajedrez se relaciona con la de infinito, dado que troquea o selecciona una parte de éste en ese *continuum* de 10^{120} . Y, a diferencia del lenguaje (donde la sintaxis se agota), las combinaciones son infinitas, por más que algunas de ellas sigan determinados patrones. Quizá esta infinitud representa mejor la infinitud de los enunciados lingüísticos efectuada mediante unas reglas limitadas que configuran, al final, una tipología limitada: tan sólo cambian las categorías implicadas. Pero hablar es hacer sintaxis sin percibirla, igual que dos maestros juegan 1.e4 e5 2.Cf3 Cc6 3.Ab5 en un segundo y unas décimas sin parar mientes en nada, igual que hablar es referirse al mundo sin saber nada de él.

6. *Final*

Sería posible seguir proponiendo analogías (así, la consideración de las piezas como *figurae* siguiendo este concepto gramatical de Hjelmslev, la oposición entre las convenciones en la interacción lingüística de H. P. Grice y eso que Tartakower llamaba «sugestiones para la estrategia ajedrecística», o la (im)posibilidad de la *doble articulación* en ajedrez), de no tener en cuenta el principio de redundancia de los sistemas semióticos propugnado por Émile Benveniste; esto, por no hablar además de los acercamientos ya clásicos: el filólogo y filósofo español Agustín García Calvo se refirió a los *nombres propios* en ajedrez a partir de la transcripción descriptiva de las jugadas (tipo 1.P4R en lugar de 1.e4), Richard Réti comparó una ley natural con los principios ajedrecísticos



universales³⁹, etc. Más allá de su pertinencia o no, de sus posibilidades heurísticas, se trata en definitiva de dar sentido a un juego que perdió toda su vinculación con un antiguo sentido de la existencia, de una *Weltanschauung* y que, como todo juego, ha quedado varado en un mundo desmitologizado en el que los significantes –que en otra época fueron simplemente cristalización de unos significados trascendentes– reclaman el protagonismo para generar, una y otra vez y de todas las formas posibles, nuevas metáforas, diríamos que infinitas, como el juego mismo.

Bibliografía

- Bellón, J. M. (2022), "Memorias de un muralista", *Peón de Rey* 161, 78-86.
- Bustos, E. de (2004), *Filosofía del lenguaje*, Madrid: UNED.
- Cámara, L. W. (1994), *El arte del ajedrez. De Anderssen a Karpov*, Madrid: Fundamentos.
- Chamizo Domínguez, P. J. (2008), "Tabú y lenguaje: las palabras vitandas y la censura lingüística", *Thémata* 40, 31-46.
- Domene Verdú, J. F. (2009), *Lingüística y matemáticas*, Alicante: Universidad de Alicante.

³⁹ García Calvo (1989: 188); Réti (1985: 65-66); Tartakower (1941: 19) escribe: «La maniobra es una imposibilidad tornada no solamente posible, sino también lógica».



- Fábregas, A. (2005), *The Definition of the Grammatical Category in a Syntactically Oriented Morphology: the Case of Nouns and Adjectives*, Ph.Diss., Madrid: Universidad Autónoma de Madrid.
- Fernández, F. J. (2010), *El Ajedrez de la Filosofía*, Madrid: Plaza y Valdes.
- Fernández, F. J. (2022a), *El resto de la idea*, Almería: Círculo Rojo.
- Fernández, F. J. (2022b), "De lo categoremático", *Angaú 7*, 22-30.
- García Calvo, A. (1989), *Hablando de lo que habla. Estudios de lenguaje*, Zamora: Lucina.
- Gude, A. (2021), *El mejor de los tiempos. Una historia del ajedrez en el siglo veinte. 1901-1960*, Madrid: Solis.
- Gustafsson, M. (2020), "Wittgenstein on using language and playing chess: the breakdown of an analogy, and its consequences", en S. Migens (ed.), *The logical alien: Conant and his critics*, Harvard: Harvard University Press, pp. 202-221.
- Hjelmslev, L. (1971), *Prolegómenos a una teoría del lenguaje*, Madrid: Gredos.
- Itkonen, E., (2008), *¿Qué es el lenguaje? Introducción a la filosofía de la lingüística*, Madrid: Biblioteca Nueva.



- Jakobson, R. (1984), *Ensayos de lingüística general*, Barcelona: Ariel.
- Jaureguizar, E. (comp.) (2023), *Ajedrez, arte y cultura*, Montevideo: Universidad de la República.
- Keene, R. (1999), *Aaron Nimzowtsch. A Reappraisal*, Londres: Bastford.
- Kripke, S. A. (2006), *A propósito de reglas y lenguaje privado*, Madrid: Tecnos 2006.
- Loureda, Ó. (2009), "De la función metalingüística al metalenguaje: Los estudios sobre el metalenguaje en la lingüística actual", *Revista Signos* 42(71), 317-332.
- Martinet, A. (1978), *Elementos de lingüística general*, Madrid: Gredos. p. 146.
- Mayer, R. (1989), "En la cuerda floja", *Revista Internacional de Ajedrez*, 18, 42-43.
- Mazzeo, M. (2018), "The Chess Analogy. Wittgenstein and Saussure compared", *Cahiers Ferdinand de Saussure* 71, 61-78.
- Miller, G. A. (1975), "Some Comments on Competence and Performance", *Annals of the New York Academy of Sciences*, 263, 201-204.
- Réti, R. (1985), *Nuevas ideas en ajedrez*, Madrid: Fundamentos.



- Réti, R. (1997), *Los grandes maestros del tablero*, Madrid: Fundamentos.
- Saussure, F. de (1995), *Curso de lingüística general*, Madrid: Akal.
- Saussure, F. de (2004), *Escritos sobre lingüística general*, Barcelona: Gedisa.
- Shannon, C. E. (1950), "Programming a Computer for Playing Chess", *Philosophical Magazine* 41(314), 256-275.
- Tartakower, S. G. (1941), *Sugestiones para la estrategia ajedrecística*, Buenos Aires: Sopena.
- Winter, E. (1996), *Chess Explorations. A Pot-Pourry from the Journal Chess Notes*, Londres: Cadogan.
- Wittgenstein, L. (1975), *Philosophical Remarks*, Oxford: Blackwell.
- Wittgenstein, L. (1988), *Investigaciones filosóficas*, Barcelona: UNAM-Ed. Crítica.